

PREFACIO:

Dignísimas autoridades, hermanas y hermanos:

Pido a Dios su ayuda en este momento en el que los sentidos, por efecto de la alta responsabilidad, quedan en suspenso. Y le suplico haga brotar firmes las palabras a quien, humildemente, ocupa esta tribuna, convirtiendo el presente Pregón en el más sincero mensaje de fraternidad.

Permitidme que agradezca la presentación del pregonero, efectuada por mi hermano, de Corporación y de espíritu, Emilio García:

Emilio, sé que habla tu corazón. Sé que -de siempre- he contado con tu apoyo y consejo en las ocasiones que, en los avatares de nuestra dilatada convivencia manantera, ha sido menester.

Por ello, conozco el cariño que me profesas. Y ese cariño, sin duda, te ha conducido a ponderar en demasía los méritos que en mi modesta persona ha depositado Nuestro Padre.

La caridad que os reclamo y espero de vosotros, me obliga a ser humilde.

Y no sólo por humildad, sino por realismo, debo manifestar que el único patrimonio que avala al pregonero es, ni más ni menos, el amor a nuestra Semana Santa, a nuestro pueblo y sus tradiciones..., y el comfortable sacrificio que -con la ayuda de nuestro Terrible-, ofrezco en su pro.

Escaso activo, al lado del que ha reputado a tan insignes hermanos que, año tras año, nos han deleitado con su sobresaliente canto a nuestra Semana Mayor.

En cualquier caso, Emilio, quedan disculpados tus inmerecidos excesos hacia este Lázaro que siente, con orgullo, el calor refrescante, el incondicional apoyo, de sus hermanos. De corazón... ¡gracias!.

Y, ¿cómo no?, mi más sincero agradecimiento a la Junta Directiva de la Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas que, haciéndose eco de la petición de mi Corporación, ha tenido a bien, con una infinita caridad, concederme la dicha de ser depositario del Pregón de nuestra Semana Santa en este año, pletórico de vivencias, efemérides y conmemoraciones.

Gracias, también, a los hermanos y hermanas que, desde la sombra, -¡como los quiere el Maestro!-, colaboran, con abnegado afán y noble esfuerzo, al esplendor de este acto, rociando, con su arte, la cal pura que le da belleza.

Y a vosotros, que habéis tenido la bondad de arrojarme con vuestra presencia, un sólo ruego: Benevolencia para perdonar los defectos e imperfecciones que podáis observar.

Yo solo puedo, ya, volcar mi alma en lo que sigue y confiar en la ayuda del Altísimo..., aunque sé que tú, Juani, a su lado en el púlpito del Cielo, me tenderás la mano bendita de tu amor.

PREGÓN:

A mi padre, ... seis años después.

En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Queridos hermanos:

Pregonar la Semana Santa de Puente Genil es, a un tiempo, fácil y difícil. Intentare explicarme:

Fácil, si solamente consideramos la exposición cronológica del cúmulo de tradiciones que giran en torno a la sin par rememoración de la Pasión que aquí vivimos.

Son muchas... ¡sí!. Pero también el auditorio que honra este acto es, con total seguridad, perfecto conocedor de las mismas.

En cambio, si albergamos el deseo de transmitir los sentimientos que inundan el ser de la familia manantera... ¡qué difícil!

Acontece siempre que transitamos por aquello que queremos y, a la vez, es grande.

Y no hay nada que se desee más, ni nada más grande, a los ojos del manantero, que nuestra Semana Santa.

Son incontables los hermanos quienes, desde ésta o aquella Cofradía; o Corporación; o Grupo de Hermandad; de cualquier nivel social o económico; distinta generación; opuestos gustos y preferencias; variopintas inquietudes; hombres y mujeres; niñas y niños..., vuelcan sus emociones alrededor de este acontecimiento que se erige sin duda alguna, alfa y omega, principio y fin de la vitalidad de un pueblo cuya vida cabalga a lomos de su Cuaresma y su Semana Santa.

Por eso, y no por otra razón, resulta complejo encontrar el modo de comunicar el resultado maravilloso de tan amoroso contraste.

Pero lo que a nadie se nos escapa; lo que todos bien sabemos; es el fuego que acrisola este oro tan preciado: Jesús Nazareno.

Y con Jesús...su pueblo. ¡Su Puente Genil!. A mi modesto entender influye notablemente en el resultado final de esta obra, que a todos nos maravilla, la idiosincrasia que aspiramos con el aire, puro y limpio, de un pueblo que vive -como él solo- el amor, el dolor, la ilusión, la angustia, la alegría, la pena, el día a día, el futuro...y el pasado.

¡Puente-Genil!, cuna de artistas, de poetas y cantores, inspiración de músicos, patriarca de grandes mujeres y hombres que, al amparo de su Nazareno, han forjado la más pura y limpia esencia de la que emana la grandeza del alma pontana.

Este pueblo nuestro, hermoso y magno en tantos y tantos aspectos, hospitalario, refugio de corazones que quedan impregnados por su amparo de sosiego y paz, bullicioso también; industrial y pujante por mor del aliento emprendedor de quienes tienen por dosel su Cielo....

Puente-Genil, sol y luna,
ramo de rosas y nardos.
De juncos y paz, mi cuna,
y de membrillos amargos.
Dulce sueño tu hermosura,
que despierta en los meandros...
surcos de huertas puras
donde se asoma mi blanco
pueblo, que altivo busca
a sus huertanas de antaño.

Puente-Genil, mi tesoro.
De Dios bendito regalo.
Tres ojos tiene de oro,
y un corazón entregado
a todo el que con decoro,
con pundonor y recato,
habite sobre sus lomos,
ya por siempre, ya de paso,
y ciña sobre sus hombros,
el manto de buen pontano.

Puente-Genil, marco hermoso,
donde el divino legado
deja de ser misterioso,
tomándose en el regazo
del sentimiento piadoso,
de la fe, del fuerte abrazo,
del sufrimiento devoto,
de la alegría, del llanto...
del desgarrado alborozo,
por tan dichoso regalo.

Puente-Genil, tierra mía,
tornasol, clavel bordado,
bella rosa sin espinas,
que con mimo te han quitado,
quienes grabaron tu estigma,
-con ternura y rudas manos-,
volcando en ello su vida:

¡Los mananeros pontanos,
que, cumpliendo la doctrina,
al Terrible han llegado!

Al anuncio de la primavera, cuando los densos y primorosos aromas de nuestras huertas embelesan los sentidos, y las golondrinas serpentean por el blanco-azul resplandeciente que cubre nuestro urbano edén, se siente como una transformación invisible, pero clara, nos anuncia que algo importante va a suceder.

Ya en los albores del invierno, con otras esencias y sensaciones, nuestra sangre nos avisa que el letargo termina.

Y, entre tanto,... ¿hemos estado dormidos?. ¡No, claro que no!

Todo el año aspiramos Semana Santa: Cofradías, Corporaciones, Grupos, Cuadrillas,...no cesan su actividad para que, llegado el momento, todo esté a punto.

Así, son cada día más numerosas las actividades que se organizan por estos ejemplos vivos de hermandad: Rosarios de la Aurora, conferencias, coloquios, exposiciones, excursiones, celebraciones religiosas, actos conmemorativos, casetas de feria, belenes, y ¿cómo no?: juntas, cabildos, reuniones, asambleas,...y siempre guiados por un mismo fin que no es otro que el esplendor de nuestra más rica tradición.

Pero, con todo, la pauta queda marcada por esos cuarenta días que en la Gloria estamos: ¡Nuestra Cuaresma!

Sería del todo disparatado pasar por alto que esos cuarenta días constituyen, sin que pueda ser de otra forma, la auténtica preparación para el anhelado matrimonio Puente-Genil - Semana Santa.

En Cuaresma se dan los definitivos retoques a Imágenes, Figuras, Cuarteles,...a todos los enseres que darán la nobleza que requieren los personajes Bíblicos de nuestras Corporaciones, y la Majestad de nuestros pasos.

En Cuaresma ensayarán las cuadrillas de costaleros y bastoneros para, llegado el momento, poder vaciarse en cuerpo y alma al portar su Cristo o su Virgen, pero con la gallardía y presteza que requiere dar vida a Jesús y Su Madre.

El espíritu también se fortalece con las celebraciones de los numerosos triduos, quinaros y funciones de regla que, a lo largo de todos estos días, y más, tienen lugar en honor de nuestros Titulares.

Y también se preparan las gargantas con las cuarteras, saetas, alegorías y oraciones que en las distintas comidas de Hermandad, que en este tiempo acontecen, se vierten.

En definitiva, en Puente-Genil se cumplen a la perfección las orientaciones para la preparación de la Pascua que motivaron la institución de la Cuaresma:

- Preparación de los penitentes a la reconciliación solemne del Jueves Santo.
- De los catecúmenos al Bautismo Pascual, y
- De todo el pueblo cristiano a la participación en a Pascua Anual.

Es decir: Tiempo dedicado especialmente a la preparación de la Fiesta de las Fiestas.

Y para la familia manantera pontana, portentosa guardiana de sus fervientes tradiciones, y eficaz transmisora de las mismas, celosa de su obligación y afanada como no hay otra, la preparación es ya, en sí, una Fiesta.

Porque... ¿hay mayor placer que ocuparse de lo que constituye satisfacción propia, de hermanos, y, al mismo tiempo, en honor y gloria de Nuestro Padre?: No!.

El Jueves Lardero se nos convoca, desde hace ya unos años, en la placita que, orgullosa, es velada perpetuamente por los más humildes, pero, no por ello, afectuosos personajes de nuestra singular celebración.

- El Muñidor y El Alpatana.

Escuchamos el primer latir de la Campanita, que ya no nos abandonará hasta pasado, con creces, el Día de la Cruz..., mejor dicho, no nos desamparará, apagará su tañir... pero nunca dejaremos de percibir tan entrañable son.

Serán primorosamente escanciadas las preliminares uvitas que «huelen» a Cuaresma y que, misteriosamente, nos envuelven en un melancólico manto, germen de arritmias que no son, ni más ni menos, que consecuencia del éxtasis que produce oír las esperadas notas de los pasodobles romanos, aspirar el humo de las primeras bengalas con sabor a gloria, reencontramos con la piña de hermanos que andan a la briega por alcanzar el alimento espiritual que el mágico momento produce, y, a la vez, recordar tiempos pretéritos echando en falta la presencia física de quien como tú, codo con codo, sentimiento con sentimiento, ha anhelado perpetuar este instante en el que el tiempo queremos que pase y que no pase.

¡Venga un abrazo, hermano!,
cuánta emoción siento al verte...
¡quién pudiera ser un rayo,
y estar ahora en La Puente!...

Si conocieras mi pueblo,
sus costumbres y sus gentes,
sentirías, como yo siento,
la pena de estar ausente...

Hoy allí es Jueves Lardero,
y en La Plaza La Mananta,
impresionante hervidero

donde el bullicio es de paz,
estarán los mananteros
en fervorosa hermandad,
porque es el día primero
de nuestra Fiesta Vital.

Aspiraremos el humo
de las pontanas bengalas,
escucharemos los sonos
que nos traspasan el alma...
De los romanos oiremos,
entusiasmados, sus marchas...
Y de Juanillo, con su arte,
la Gloria de su campana.

Pregonará este gran día
alguien con mente preclara,
hermano que su alegría
regala con su palabra,
con las estrofas, los versos,
la rica prosa que canta,
y extasiados, pensaremos,
en lo que aquí hacia Maura...

Y en el cuartel, tras la bulla,
encontraremos la calma,
las rabanillas, el caldo,
la pura esencia que escapa,
para atrapar, al instante,
como un cruzar de miradas,
lo más importante, hermano:
ilos mananteros que aguardan!.

Es preludio de Cuaresma, antesala de la Gloria.

Como cinceles de espuma que el oscuro ojo del horizonte doran, los cohetes socavan, uno tras otro, un agujero en el cielo por donde penetra la llave maestra que abre el Gran Cuartel de Puente- Genil.

Y, con ella, el Espíritu Divino llega a posarse en nuestra alma para apagar las mechas encendidas por las discordias que, como humanos pecadores, nos embargan.

Y, enamorado, se queda con nosotros para seguir impregnándonos su bendito soplo de forma permanente.

Este pregonero, cuyo sentimiento de modesto manantero está forjado en su Corporación, no puede -ni lo desea- dejar de destacar el que, desde su óptica, es el cuño que más caracteriza nuestra sin par Semana Santa: Las Corporaciones Bíblicas.

De ellas emana el influjo que da vida a este Jerusalén donde, pasados dos milenios, se rememora, casi se calca, la Salvadora Pasión y Muerte de Nuestro Señor.

Pero la Corporación es mucho más... Es una preciada familia en la que todos sus miembros, bajo una misma bandera, viven. Es decir: nacen, crecen y mueren; y sufren y se alegran; y pugnan y celebran; y callan y cantan; y discuten y se abrazan; y rezan y alborotan...

Es curioso, pero con el paso, sereno y constante, de los años, se enraíza en el alma del manantero un sentir nostálgico del que brota la consciencia sobre el tesoro en que navegamos y, lo que es más importante, la reflexión acerca de su trascendencia.

Las Corporaciones Bíblicas de Puente-Genil, aglutinan todo el místico haz de sensaciones y sentimientos que, por obra y gracia de ese espíritu que nos alberga, se proyectan, configurando el maravilloso y único cuadro que constituye el singular, emotivo, popular y grandioso recuerdo pontano de la Pasión del Eterno.

Y de la Corporación...¡el Cuartel!. Nuestro hogar manantero.

El cuartel es el lugar sacrosanto donde forjamos, con el martillo hermoso del amor, ese vínculo que, regalo de Dios, colma la dicha de nuestro ser cristiano: la hermandad.

El cuartel es, sin duda alguna, el punto de partida, de encuentro, y de destino.

El cuartel, cuna grabada en el corazón de todo ser que se dejó abrazar en su seno, es el confín del manantero.

Cuántos recuerdos del cuartel me inflaman;
cuántas lágrimas derramé contigo;
cuánto aprendí bajo tus tiernas alas;
cuántas lecciones y cuántos suspiros.

Cuántas veces errantes caminamos,
buscando tan sólo paz y cobijo;
y cuántos amigos, cuántos hermanos,
te dieron gloria con su esmero y mimo.

Y en el albor feliz de nuestro encuentro,
pávido y corto el largo camino,
cuántos remiendos nos dejaron lustre,
para, con gozo, ofrecer pan y vino.

Y cuánta alegría, sangre y sudor,
sin pesar se vertieron, ¡con cariño!,
anhelando el eterno lugar sacro,
sublime acomodo fiel del destino.

Fugaces recuerdos de nuestro ayer,
cuando era nuestra alma sólo de niño;
grata memoria del amanecer,
del sueño ideal, del férvido idilio.

Hoy todo nuevo, despierto el antiguo,
es todo igual..., los cuadros, los rostrillos,
el mismo ambiente, idénticos signos,
¡no cambia nada!, aunque noto más brillo.
Están presentes los que quedaron,
están presentes los que se han ido,
muchas hermanas, muchos hermanos,
que moran perennes en nuestro nido.

El cuartel, nexó, unión, corazón palpitante, pequeña porción del paraíso que el Padre puso en nuestras manos para mostrarnos, por su infinita bondad, lo que nos tiene reservado, se abre, eclosiona, el sábado anterior al miércoles de ceniza, para iniciar -anticipándonos el festín de sensaciones placenteras con que Dios premia a sus hijos- nuestra gloriosa Cuaresma.

Y ya, hasta el Domingo de Ramos, el ritual encuentro en cuerpo y alma.

Allí estaremos: los presentes y los ausentes; los Romanos y los Ataos; las Parábolas y los Milagros; los Apóstoles y los Profetas; la Destrucción y la Salvación; El Arca y El Prendimiento; Levitas y Samaritanos; Evangelistas y Testigos Falsos; Judío Errante y Lázarus; hermanos y hermanos que, puntualmente, unen su alma para disfrutar y, al mismo tiempo, ofrecer cada uno de ellos su Don a los demás... En una palabra, para convivir en hermandad.

Convivencia armoniosa entre hombres, hermanos, que son solamente, milagrosamente, de forma ininteligible para quien no lo siente pero real e inevitable, mananteros.

En torno a una mesa, al amparo de nuestro Terrible, reconfortados con las miradas evangelizadoras del Hijo de Dios que, recordando distintos momentos de Su Pasión, es perpetuo guardián de la estancia; acariciados por nuestra Salvadora Madre, que se hace sentir en sus múltiples advocaciones; guiados por nuestra querida vieja cuaresmera, inseparable dama que nos asigna el riguroso e implacable calendario trascendental; confortados por los abnegados hermanos que se encargan de ofrecernos el pan y el vino que compartimos; dichosos por reencontrarnos, y con la tristeza de no tener a nuestro lado a los hermanos que, por distintos motivos, viven la angustia de la ausencia, oímos la primera cuartelera:

«Ya comienza la cuaresma,
blasón de nuestra mananta,
los Romanos nos esperan,
para subir a Tus Plantas,
Bendito Rey de mi tierra.» (Cuartelera)

Del murmullo surge el dulce tintineo que brota del ósculo singular entre metal y vidrio. Es el Presidente, quién, apropiándose de una botella de rico néctar dorado, la acaricia con el cubierto que, -paradójicamente-, se torna en eficaz badajo... Respetuoso silencio!.

El Presidente de la Corporación abre el fuego de la palabra, dando la bienvenida a los reunidos, y ofreciendo, solemne y sinceramente, el cuartel a los hermanos que están invitados.

Y a partir de ese instante vibran las gargantas de quienes, al son del ronco eco del tambor, pugnan por impregnar el ambiente con el agradable aroma de las cuarteras que, vigorosamente, interpretan.

La Cuartera es un diálogo entre hermanos, salmodia singular de nuestro pueblo, que sobrecege el ánimo...como una fuerza desatada de la naturaleza.

Y, además, todos interpretan esta impetuosa oración, sin que retraiga su ánimo el estar escasamente dotados, en algunos casos, del armonioso equilibrio oído-voz que fija belleza al sentimiento así manifestado.

Lo que importa es el derroche de entusiasmo por recordar, al compás del tambor y al calor de la hermandad, los más diversos pasajes de la Pasión, como diciéndole a Jesús: ¡Qué no nos olvidamos de Ti, de Tu mensaje, de Tu sacrificio!.

Como tampoco descuidamos la gloria que merece la Rosa Mística, Bendito hechizo e imán, Madre, Virgen protectora, que, con su Amor, colma de dicha nuestra mansión de paz.

Siempre hay quien, aprovechando la mínima tregua que se produce en esta incruenta y maravillosa batalla, nos dirige su plática de hondo calado sentimental, en alusión a algún acontecimiento relacionado con el devenir de nuestro transcurrir mananero.

Las risas y las lágrimas aparecen y desaparecen casi instantáneamente.

El corazón se inflama y no cabe en nuestro pecho, que se ensancha para, a la vez, dejar espacio donde poder albergar al espíritu que nos acompaña, ofreciéndole el hogar necesario para que desarrolle su labor divina de embargar nuestro ser con el Amor que sólo El sabe darnos.

Inesperadamente, otro hermanito deleita a las expectantes almas, que ansían salir en busca de los Romanos, ofreciéndoles los versos que, regalo de la inspiración de uno de tantos poetas como felizmente cantan nuestras tradiciones, en ese preciso instante piden en alta voz hacerse presentes.

Y, ¿cómo no..., se brinda, se recuerda, se reza, se corea, se abraza.

Y a la hora señalada: ¡Vamos al Calvario!.

Toda la familia mananera se adueña del Gran Cuartel que es Puente-Genil.

Bajo el oscuro techo, bañado por el resplandor de brillantes luceros, y con el beso suave del aire fresco, de la brisa cálida, las Corporaciones y el pueblo entero espera, -cada uno en su sitio-, la llegada de los Romanos que, como si de mágicos flautistas de Hamelín se tratara, atraen, en pos de ellos, a Puente-Genil entero.

La meta común: El Calvario.

Camino de la Ermita...Romanos, pueblo, hermandad, luz, bullicio de paz y amor.

En ella, Madre e Hijo aguardan nuestra reconfortante visita.

De los ojos de la Virgen se escapan benditas lágrimas que en el Cielo se depositan para alumbrarnos, porque cada sábado ve más cercana la Pasión de Su Hijo.

Jesús la consuela... Infinita misericordia porque sabe que su muerte es nuestra Resurrección.

Y nos consuela a todos.

Mi amigo y hermano Pedro Quintero, por el que tanto cariño y veneración siento; Profeta por los cuatro costados, conoce -como pocos- la intensidad del amor que nos conmueve cuando nos aproximamos a la cima del Calvario.

Y así nos lo transmite:

Pretóres fuimos entonces,
y la crueldad, nuestro lema.
Hoy aunque con el mismo tema,
no suenan las mismas voces.
Queremos darle con creces,
bálsamo a tus cinco heridas,
doblegando nuestras vidas,
al predio de tu perdón,
en la humana sinrazón,
de mal que nunca se olvida.
Sea por ello, arrepentidos,
vengamos a custodiarte,
siendo tuyas nuestras huestes,
sin más saña que latidos.
Voluntariosos y unidos,
nos postramos a Tus plantas.
Tú, que a caídos levantas,
mezquinos y pecadores,
siendo Tu Faz sus albores,
en tantas Semanas Santas.

Ni nos lavamos las manos,
ni tiramos las monedas.
¡Así somos los pontanos!
Óleo y trigo, lo que vale.
Como dichosa es la rama,
que al símil, del tronco sale.

Por fin, llega el día. Las primeras procesiones de nuestra Semana Santa están a punto.

El Sábado de Ramos se congregan miles y miles de pontanos cuyos sentimientos, tras todo un año de ansiada espera, impregnan los rincones de nuestro pueblo con inusitadas ganas de vivir la realidad de lo que, en la distancia, son imperecederos recuerdos.

Los que tenemos la suerte de poseer en esta tierra nuestro sustento y, por ello, nuestro hogar, saludamos gozosos, y acogemos con entusiasmo a estos ausentes que perennemente sienten la presencia de Puente-Genil en sus corazones. Y nos alegramos porque, siquiera sea por unos días, alcanzan la dicha de ser los dueños de nuestra Villa.

Yo, que por avatares del destino sentí la nostalgia de la distancia, truncada - paradójicamente- por desgracia, que no por suerte, recuerdo cómo contaba los días que faltaban para Semana Santa.

Y, a pesar de mi corta edad, quedaron grabadas en mi mente las sensaciones que envolvían mi ser antes, durante y después del encuentro con la tierra que me vio nacer.

¿Quién no tiene un familiar, un amigo, un hermano, allende nuestras fronteras?.

¿Quién no aguarda con fervor el momento sublime del reencuentro?.

¿Quién no ha elevado alguna vez sus plegarias al Supremo Hacedor para que deshaga la distancia y allane el camino de nuestro ausente?.

La Virgen de la Guía, cuya advocación tiene su origen en ser la Madre que enseña a San Juan el camino para llegar a su hijo Jesús, es el faro que guía nuestro camino hacia el Redentor.

Es la antorcha que prende la mecha del amor en nuestros corazones.

Son tus lágrimas de gozo y alegría,
¡oh! Madre que descubres el camino,
de quienes en Ti buscan consuelo y Guía;
¡sosiego y bálsamo del peregrino!.

Cuando cruzas Tu mirada con la mía,
y me arropa Tu Amor, dulce y sereno,
sólo quiero abrazarme a Ti, María,
y, contigo, a Tu Hijo Nazareno.

Y besar esas manos que a mi padre,
su camino guiaron hacia el Cielo,
como sólo Tú, Guía, bendita Madre,
nos elevas a Tu Hijo, nuestro anhelo.

Y la campanita de Jesús, este día, acompañada por cada vez más hermanos de las Cien Luces, anda el camino que el Viernes Santo recorrerá nuestro Patrón.

Este singularísimo acto, instituido primitivamente para verificar, con ayuda de una caña a modo de alfarjía, si existe algún obstáculo aéreo que deba ser liberado antes de la procesión, es motivo de reunión, en un ambiente de entusiasta hermandad, para quienes han de velar los días venideros a fin de que todo esté a punto, y, por tanto, van a disponer de pocas oportunidades, ya, para el gozoso disfrute, impregnado de solaz, que este día -de menos faena- tiene lugar.

Yo te canto campanita,
gran rui señor de mi pueblo,
porque con tu sonatina,
alivias mi desconsuelo...

Yo te canto campanita,
por tu orgullo tan señero,
por ser tu forja bendita,
como bendito tu estruendo...

Yo te canto campanita,
de esplendoroso y gran eco,
por tu bondad infinita,
tu incansable tintineo...

Yo te canto campanita,
por tu latir tan sereno,
en el dolor y alegría,
de guiar al Nazareno...

Yo te canto campanita,
porque me cantas a un tiempo,
la cuartelera más limpia,
y el martinete más bello.

Aún se refleja en nuestra retina el lucero que, sobre la mejilla de Nuestro Padre Jesús de las Penas, ilumina la madrugada del Domingo de Ramos:

Toma la Cruz... ya es la hora!,
no tengas Pena, Jesús...
se acerca ya la victoria,
de Tu divina virtud.
¡No te quitan las espinas!.
¡No se alumbran con Tu Luz!.

¡No besan hoy Tus mejillas!
¡Qué tamaña ingratitud!
No saben que eres el Rey...
desde aquí hasta el azul.
Aún no conocen Tu Ley...
ni el mensaje de esa Cruz.

La Reina del Cielo, Nuestra Señora de Los Ángeles, en compañía del discípulo amado, sigue, afligida por la Pena del estremecedor martirio que sufre el Redentor del Mundo, el Hijo de Dios que vino de sus entrañas, el camino que en el Gólgota culmina.

El impresionante silencio que cubre todo el recorrido de esta emotiva procesión, nos deja escuchar, sin querer, el diálogo que Juan sostiene con nuestra Madre:

«No te aflijas, Madre mía,
no sufras ya más tormento,
que Los Ángeles, María,
están dándole Su Aliento,
para aliviar Su agonía. (Cuartelera)

¡Aleluya!

¡Es Domingo de Ramos!. En estos momentos, por todo el pueblo, especialmente por las calles con más tránsito, y a lo largo de todo el día, al amparo del alegre repiqueteo de las campanas, que nos hacen sentir estar en un mundo nuevo, en un mundo donde sólo late el estímulo de la alegría,... los saludos, los abrazos, los reencuentros, los últimos preparativos, los estrenos, se adueñan de la sangre que corre por nuestra venas.

Con este espíritu, que sólo pudo traer Dios, nuestro hermano, nuestro amigo...nuestro Redentor, nos preparamos para recibir, como sólo El merece, con nuestras mejores galas, su más tierna bendición.

Pronto, los aquí presentes, nos sumergiremos en esa conmoción espiritual que, como a inocentes y angélicos niños, nos sobrecoge.

Nuestro Padre Jesús hace su entrada triunfal en Puente-Genil.

Como en Jerusalén, es recibido, montado en un pollino de asna, con palmeras y ramas de olivo.

¡Hosanna!. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!.

El eje central de este día es, como no puede ser de otra forma, su procesión.

Anhelante el pueblo pontano espera ser reconfortado por el monarca del Amor que, en su humilde trono, al compás de cornetas y tambores, y abrazado por el clamor popular, reparte

su perdón, enseñándonos cómo el dolor que se nos cause, de ninguna manera debe ser óbice para reconfortar a quien lo produce.

Eclipsando al luminoso astro, cuyos juguetones rayos dan color y calor al cortejo, Nuestra Señora de la Estrella, a hombros de sus sentidos bastoneros, brota como la Rosa que emerge del delicado y bello jardín que a sus pies se posa.

«El año pasado, cuando Tu Imagen Soberana saludaba a nuestros padres del asilo, no pude contener las lágrimas de emoción al comprobar como Tus bastoneros, arropados y ofreciendo todo su esfuerzo para que nuestros mayores disfrutaran al verte desbordante de alegría, te elevaban esta sencilla oración»:

Eres La Estrella, ¡preciosa!,
que ilumina el corazón mío.

¡Que no me falten las fuerzas!,
es todo lo que te pido.

¡No necesito caricias!,
sólo me impulsa... Tu abrigo,
y saber que entre Tus brazos,
con Tu bondad y cariño,
arropas a mis hermanos...
¡los que hoy no están conmigo!.

Antes de que los Santos Titulares de esta humilde Cofradía inunden con su fulgor las calles del barrio alto de la Villa, en los cuarteles de las distintas Corporaciones habrá tenido lugar uno de los actos más esperados por sus hermanos: el sorteo de figuras.

Cada Corporación tiene su propio sistema..., pero en todas la misma ilusión por parte de los hermanos que aspiran a procesionar su figura más querida o el turno más añorado.

Y por la noche, cuando a la magna Parroquia de San José, su hogar, han regresado Madre e Hijo, cumplida su misión evangelizadora, y el barrio alto -que pocas horas antes era todo feliz algazara- comienza a bostezar, el barrio bajo toma el relevo.

Los Romanos inician la séptima subida al Calvario. Tras ellos, el pueblo, Los Ataos, el pueblo...Puente-Genil entero.

Subida jalonada por un tropel de almas que, absortas, participan del sublime espectáculo de luz, calor y sonido que conmueve los confines de este pueblo.

Se siente en el latir de todos los corazones el júbilo de la Semana Santa.

Hombres, mujeres y niños, forman una piña en la Plaza del Calvario.

¡Gracias, Dios mío, por tenerme otra vez aquí, contigo, a Tu lado!.

¡Gracias!, porque sólo Tú sabes lo que significa este instante para nosotros.

¡Gracias!, porque un año más mis seres queridos participan de la alegría de revivir Tu dolor, fieles a nuestras tradiciones.

¡Gracias!, porque me has ayudado a querer ser un poco mejor, y por alimentar en nosotros la fe en Tu Padre.

¡Gracias, Señor, por tu Terrible misericordia!. Al son del Gloria al Muerto regresaremos, flotando sobre la espuma mágica de los pasodobles romanos, con mística y solemne marcialidad, hasta el Dulce Nombre, donde despediremos -hasta el venidero año- estas indescriptibles vivencias que no pueden ser más que un maravilloso regalo de nuestro amado Patrón.

Sólo nos quedará saborear, henchido del todo nuestro músculo vital, el majestuoso desfile final de los hermanos Ataos.

Luego... ¡al Cuartel!

Allí, arrancaremos la última hoja del calendario mananero, mutilando completamente la Cuaresma, sumergidos, de lleno, en el Lunes Santo.

¡Lunes Santo!... El nuevo día viste sus galas. Un día en cuyas raíces se materializó, a juicio del pregonero, el inicio del más espectacular ascenso en el pendular discurrir de nuestra Semana Santa.

Nunca pudimos imaginar que la Bendita Madre del Amor llegara a Puente-Genil con la divina misión de trocar ruedas por corazones, gasoil por sudor, frío por calor, muerte por vida..., bajo los pasos de nuestras amadas Imágenes.

Cuando la vimos por primera vez en procesión, aquél Lunes Santo, 1 de Abril de 1.985, nos cautivó el alma.

No tenemos palabras para mostrar nuestro agradecimiento a los hermanos de la Cofradía Sacramental de la Sagrada Cena de Jesús y Nuestra Señora del Amor, por su esfuerzo en ser los dignos transmisores, que son, del milagroso legado que Puente-Genil ha tenido la inmensa fortuna de recibir, por obra del Espíritu Santo.

Recuerdo las muchas críticas, -por fortuna ya caducas-, de quienes consideraban intromisión en nuestras tradiciones de novedosas formas y estilos, propias de la impronta sevillana, por su negativa influencia sobre las mismas...

¿Cuánto se ha enriquecido nuestra Semana Santa con tan ejemplar irrupción?.

¿Cuántos artefactos rodadores se han desmontado, desde entonces, de nuestros pasos?.

¿Cuándo la juventud ha estado más comprometida en esta faceta, noble y callada, de dar vida a nuestras imágenes?.

Bastoneros... ¡Sí!.

Costaleros... También!.

¡Que no me hablen de varaes!,'
¡callar de trabajaderas!
Somos, hermanos, iguales
a la hora de mecerla.

Nuestro sudor, a raudales,
nuestra oración, placentera,
nuestros ojos, manantiales,
nuestro dolor, a su vera.

Y a la hora de entregarle
nuestra «levantá» postrera...
¡Al Cielo llegan varaes!,
¡al Cielo trabajaderas!.

Sólo una espina quitarme,
¡Madre mía, si Tú quisieras!:
¡Qué mis hijas Te levanten,
bajo Tu Trono de cera!.

El Lunes Santo, sólo un deseo constriñe el anhelo del pueblo entero: que lleguen las siete de la tarde!.

A esa hora, del pórtico de la Parroquia de San José, surge un hálito divino que bautiza y sobrecoge al pueblo allí congregado con deseo vehemente de recibir la piadosa y jubilosa eucaristía que instaura Nuestro Padre Jesús en su Sagrada Cena, y acariciar a su Madre del Cielo, Reina esplendorosa que, emocionada, nos ofrece sobrecogida el Amor que sólo podemos recibir de una Madre.

Al notar el luminoso destello de las preciosas perlas que riegan sus mejillas, de no sé dónde, pero con la voz entrecortada por la emoción del sublime momento, es consolada por alguien que sólo puede rezarle cantando:

« No llores, no tengas pena,
no sufras más por Tu Hijo,
que aunque está en Su última cena,
ya conoce su destino,
y con tu Amor se serena. » (Saeta)

Y Puente-Genil entero, por sus anchas Avenidas y sus angostas calles, por donde parece imposible que puedan pasar los pasos, será una piña junto a Jesús y la Virgen, a quienes seguirán, deseando ser sus costaleros, extasiados de pasión, durante todo su brillante recorrido, con especiales e impresionantes emociones en el Hogar Santa Susana, calles Adriana Morales y Veracruz, Cuesta Baena y su encierro.

El Martes Santo se convierte este año en el relicario precioso donde Puente-Genil tendrá depositada una nueva vivencia que, sin duda alguna, por mor del destino, sin premeditación, dará un nuevo impulso a nuestra Semana Santa.

No estamos acostumbrados, pero ya veréis, hermanos, lo pronto que aprendemos en esta entrañable asignatura, por todos solicitada, de la Semana Santa pontana.

De sus respectivas casas de hermandad, en calle Casares, 8 y Lemoniez, 18, iniciarán su estación de penitencia las Cofradías de la Santa Cruz y Ntro. Padre Jesús de los Afligidos en su Sagrada presentación al pueblo, y la del Santísimo Cristo del Calvario y Ntra. Sra. del Consuelo.

El marcado carácter penitencial que las Cofradías de este Santo día han señalado, nos arropa en una perenne oración que no culmina jamás.

La belleza rococó de la Santa Cruz, preciosamente engalanada, nos traspasa aflicción y regocijo:

¿Cuánto debió sufrir?
¡Qué regalo más hermoso!.

Y mirándola, acariciándola dulcemente con sus ojos, nuestro Padre, majestuoso, es presentado al pueblo por Poncio Pilato.

La actitud sufriente y dolorosa de Jesús..., ultrajado, maltrecho, zaherido por el vil escarnio a que lo someten quienes hace pocas horas lo agasajaban, contrasta, -tristeza y alborozo-, con la majestuosidad del Rey de la Humanidad.

Yo quisiera, Señor, que tu mirada,
clavada en mis pupilas, anhelante,
abriera con su bálsamo, al instante,
la piedra que en mi pecho ha su morada.

Yo quisiera, Señor, con Tu manada,
sentirme en el redil que preparaste,
y un pesebre de amor yo regalarte,
abriendo más el hueco con Tu espada.

Que acaricies Tú mi alma, yo quisiera,
que en mi eterno y buen aprisco te tornases,
que tus brazos sean Cruz donde yo muera.

Y que al fin de mi vida, saña y fiera,
si el fuego del castigo me quemase,
mis llamas, por Tu Amor, yo te ofreciera.

El Santísimo Cristo del Calvario y Nuestra Señora del Consuelo, que ya nos han señalado el camino de la Cruz, cuando el Viernes de Dolores nos ofrecieron, piadosa y solemnemente, la más bella reflexión acerca del dolor que se cierne sobre Dios y Su Madre Soberana, conmoverán de nuevo nuestra alma cuando, a hombros de sus devotos costaleros, recorran, en impresionante silencio, el sacrosanto vía crucis que entenece los más duros corazones.

Dimas y Gestas flanquean, en opuesta actitud, al Mesías yacente, quien, hierático, acaba de teñir el Calvario con toda la sangre que por nosotros ha derramado, haciendo brotar, con tan fértil rociada, una grandiosa nube abrazadora, que enlaza a todos los presentes en un divino soplo de concordia y sosiego.

Y Su Madre, Consuelo.

Nadie podrá cantar mejor a la Virgen del Consuelo que como lo hizo su hijo predilecto, siempre a Su lado en la tierra, siempre a Su lado en el Cielo, don José Cabello y Cabello...

Déjame, Pepe Cabello, que hoy sea tus manos, y, con ellas, ofrezca a la Madre del Consuelo el soneto más sentido que de tu inspiración pueda brotar.

Y que nuestro hermano Ernesto..., hombre, mananero, y cofrade ejemplar, tu gran amigo y a quien profeso el amor y respeto que merece quien para mí es un gran padre, reciba este regalo, y comparta con nosotros este místico momento, dádiva amorosa de nuestra Madre:

En la noche sin fin del Martes Santo,
que la muerte de Dios rasga su velo,
de las Alturas, Vos, Reina del Cielo,
a consolarnos vienes, con tu llanto.

Y la Luz que ilumina ese quebranto,
es la paz que nos das, vivo Consuelo...
idulcísimo candor de terciopelo!,
sereno imán..., de la tristeza encanto.

Eres, preciosa Madre, la más bella,
que un artista jamás haya soñado.
Son tus lágrimas luceros..., Tu estrella.

Llama viva que brota del costado
del hijo del Eterno. Es tu huella...
la senda que nos limpia del pecado.

El bendito Nazareno, más a nuestro alcance que nunca, con la serenidad y dulzura con que siempre nos acaricia, estará este día esperándonos en su Ermita para ofrecernos, una y mil veces más, la entrañable compañía que conduce al remanso de concordia donde cuerpo y espíritu reciben su baño de gracia.

Devotos besaremos sus pies. De esta forma percibimos el aliento que borra nuestro sonrojo por permitir que durante todo el año seamos los receptores de tan sumiso ósculo.

De madrugada, cuando aún persisten en nuestro corazón las emotivas sensaciones vividas este Santo Martes, recordaremos, complacientes, a nuestro Patrón, cuando, envueltos en un sempiterno Silencio, le recemos en el más solemne vía crucis..., yerto, consumado por Amor..., en el frío lecho de nuestra cálida Cruz.

La grandeza espiritual de nuestra Semana Santa, quizá no pregonada lo bastante por quienes - por fortuna pocos- escudriñan sólo lo profano, se enriquece día tras día.

El Miércoles Santo, antaño inicio del clímax de nuestro perpetuo ritual, se ha convertido en el cuerpo central del bello retablo compuesto por la Semana Santa de Puente-Genil.

Los cuarteles, que nunca han estado cerrados, se abren de par en par para recibir, con sus mejores galas, el primer encuentro pleno, deslumbrante, ceremonioso de la Semana Mayor.

En muchos de ellos, se exponen, para admiración de propios y extraños., y regocijo de la jovial simiente manantera, las figuras bíblicas que teñirán, en pocas horas, de colorido y pasión las calles de nuestro pueblo.

El punto de encuentro, lugar de expectación y vínculo fraternal que une a los mananteros pontanos, se localiza en la modesta placita, al abrigo de nuestra Patrona y del Sacro lugar que hoy ocupamos, desde dónde se expande la más sentida admiración al contemplar las largas tilas de penitentes que vienen a reencontrarse, en plena calle, cuando la tarde bosteza, con sus excelsos Titulares.

Nuestro Señor del Lavatorio, elevado por una pléyade de jóvenes y entusiastas bastoneros, da paso al grandioso cortejo oyendo, en presencia de Felipe, la decisión de Pedro tras el titubeo inicial: «Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza».

De entre el tumulto surge la lúgubre y cadenciosa resonancia del tamboreo fatal: Judas, por un puñado de monedas, guía a la chusma que, en su locura, afana prender al Rey de los Judíos.

Tus rodillas en la tierra,
Tu mirada en el Cielo,
esperando que el hermano,
que te vende con un beso,
aparezca en la escena
y se cumpla lo dispuesto.

Entre tanto, a Tu Padre,
orando pides consuelo...
¡Qué te aparte de este cáliz!,
del pesar, del sufrimiento...
luchando contra la muerte,
como humano prisionero.

Mientras duermen, confiados,
quienes velarte pidieron,
vencidos por la tristeza,
de la angustia del Maestro...
sin saber que se ha entregado
a Su Padre.... el Nazareno.

Y se acerca la Victoria,
sobre el tirano funesto.

Ya sólo queda que pronto,
tras la marcha del lucero
que limpió gotas de sangre
y de Dios fue mensajero,
se cumpla la sinrazón...
¡Se produzca el prendimiento,
y que, por nosotros, llegue,
el inocente Cordero,
-traspasándonos de amor-
al Calvario, desde el Huerto.

Y se acerca la Victoria.

La Madre de Dios, la Reina del Cielo, ocupa su lugar, su sitio, tras su hijo amado orando en el huerto.

Sobrecogidos, con el alma en un puño, asistimos extasiados a la más bella oración que, rodilla en tierra, se eleva a nuestra Señora...

Y el milagro, una vez más, se produce: la fe de ese gran puñado de corazones fajados, codo con codo, alma con alma, ayudados desde el Cielo, consigue traernos desde la Iglesia, cuando se nos antoja imposible, el rayo de luz más hermoso que Dios nos regalara.

Sin solución de continuidad, las seductoras notas del miserere establecen una conmovedora tregua en la batalla de saetas y cuarteleras que, elevadas por la limpia brisa, quieren ser bálsamo que alivie las heridas que son, con su piel, la túnica del Humilde.

Nuestro Padre Jesús de la Humildad y Paciencia se abre paso desde el patio del Convento, cansado, reposando su dolor en el frío trono que emerge de la alfombra tejida y teñida por el rojo perfume de su divina sangre.

Y nos alcanza. Y nos traspasa.

Y nos hace sentir, aunque sólo sea por un momento, aflicción por las desdichas que, en su compasión, sufre por nosotros.

A Tu paso por las calles, un clamor,
una antorcha que se funde y Te ilumina,
un diluvio de miradas, mil retinas,
mil saetas que se clavan en Tu Amor.

A Tu paso por las calles, diseminas,
sembrador del Reino Eterno: Caridad,
con sublime complacencia y Humildad,
la semilla que en Tu honor mejor germina.

A Tu paso por las calles, mi Deidad,
un reencuentro, cada año, este día,
con e/padre que, asolado, la alegría,
por tristeza nos conmuta su Verdad.

A Tu paso por las calles, la agonía
del martirio que vilmente estás sufriendo,
nos reclama compromiso, consumiendo
el pecado que de pena te cubría.

A Tu paso por las calles y en Tu Templo,
un deseo nos reclama ante Tu altar:
ser los hombres que colmados con Tu ejemplo,
a los hombres ayudemos en su andar.

Fugaces, pero indelebles en mi memoria persisten aquellos días, todavía un niño, en que la larga ausencia quedaba premiada con creces, cuando, orgulloso, vestía la túnica roja para alumbrar a María Santísima de la Amargura.

Y cada año, cuando su hermosura constriñe mi ser, me recuerda las consoladoras miradas con que enjugaba mis lágrimas bajo el capillo...

¿Quién pudiera cantarte, Madre mía?,
para aliviar un poco tu Amargura,
¿quién tuviera en su voz tanta dulzura?,
y ofrecerte su melódica ambrosía.

« Yo te canto Madre mía,
la más bella y la más pura,
quiero aliviar tu agonía,
tu pesar y tu Amargura,
con mi saeta sentía. »

(Saeta).

El Miércoles Santo seguiremos la procesión, hasta la madrugada, sin perder detalle.

La emoción se desbordará, una y mil veces más, en el impresionante encierro, cuando quede grabada en nuestra mente, a los sonos de Recuerdo, la riada de lágrimas que, como queriendo parar el tiempo, despiden, hasta el año próximo, si El lo quiere, al divino Hijo y su bendita Madre.

El Jueves Santo, como todos sabemos, reluce como el Sol.

En Puente-Genil, es el Sol quien reluce como el Jueves Santo.

Instituido Día del Amor Fraternal, amanece espléndido despertándonos del letargo emocional en que nos sumergimos la noche anterior.

En los numerosos cuarteles de nuestro pueblo se respira un ambiente especial...; en todos, los hermanos invitados, recibidos como dueños de la estancia, imprimen en su ánimo la sensación de estar inmersos en uno de los acontecimientos más especiales de su vida.

Los múltiples actos que se desarrollan durante el almuerzo fraternal del Jueves Santo, al amparo de la agradable esencia que se exhala, pertenecen al más cálido prelude de la singularísima y esplendorosa pasión del Señor que acontece, pasados veinte siglos en nuestro particular Jerusalén de la Campiña cordobesa.

Las calles Contralmirante y Don Gonzalo son un bullicio expectante, una aglomeración de almas entusiasmadas que anhelan impacientes el augusto primer destile de la Corporación que, sin lugar a dudas, constituye la columna vertebral de nuestra Semana Santa: El Imperio Romano.

Al divisarse los primeros penachos, irrumpen, estimulados por el resorte de la admiración, vivas y aplausos por doquier.

Las notas del pasodoble, cuyo estreno se produce, nos sumergen en un escalofrío que recorre nuestro cuerpo y nos impulsa, séptima escuadra que el pueblo instaura, a seguir el desfile.

Brota del alma del mananero,
sólo un deseo vivo y sincero,
el Jueves Santo, día del Amor:
de los romanos, ser su bandera,
para en volandas -dulce quimera-,
estar al frente del gran clamor.

Y del Imperio maravilloso,
en su desfile majestuoso,
ser el primero, ser Capitán...,
vibrar alegre con las miradas,
que humedecidas e ilusionadas,
sólo en sus galas puestas están.

De los penachos, ser el sustento,
cuando imponentes burlan al viento,
con juguetona solemnidad.
Y de su escudo ser fiel destello,
sería celada del casco bello...
borrar su estigma de iniquidad.

Ser los clarines que en la mañana
del Viernes Santo tocan Diana
a quien profesan su devoción.

Y por la noche, negro plumero,
que en Gloria al Muerto luce sincero,
la más gallarda Corporación.

Nunca nos falte vuestra presencia,
los pasodobles, la pura esencia,
pues sois del pueblo lo más sensible.
Sois la nostalgia del que nos falta,
sois paladines en la cumbre alta,
el sueño dulce de mi Terrible.

Por eso hermanos, el Jueves Santo,
no hay una dicha que anhele tanto
antes que inicie la procesión:
ver los romanos, en su salida,
oír su marcha, viva y sentida,
ser uno más de su gran legión.

En la Plaza de la Veracruz, cuya Ermita, recientemente remozada, eleva altiva su sencilla espadaña en desafío hermoso con los rayos que se escapan del horizonte oro viejo que engalana la tarde, se configura un tumulto ordenado, indescriptible y singular, del que forman parte quienes ávidos esperan la salida de los pasos, y aquellos que asisten a rendirles su homenaje.

La expectación es inusitada. Las figuras bíblicas, que acuden al encuentro emotivo por las calles Aguilar y Veracruz, ofrecen -en los alrededores de la recoleta placita- un paisaje colorista que subroga la época actual y nos sumerge de lleno, prodigiosamente, en aquellos días en que se produjo la pasión de Cristo.

Y vemos a Pedro, oculto, cuando, preso, dos sayones conducen al divino Redentor.

Los Evangelistas toman nota de los acontecimientos para poderlos transmitir a la humanidad.

Junto a ellos, contemplamos los milagros que Jesús, por su fe, verificó. Y recordamos sus parábolas.

Y la mujer Samaritana, ofreciendo calmar Su sed, derrama sobre nosotros el agua viva que recibió del Maestro.

Y los Testigos impuros cuya falsedad condenó al inocente cordero, dialogan con quien fue su mejor amigo: Lázaro.

Judas, en otro rincón, cuenta las monedas de su recompensa, observado por los judíos que se disponen a azotar al Varón de Dolores.

Y un incontable número de personajes, salidos de la Biblia, comienzan a marchar, en rigurosa quietud, uno tras otro, aportando su humilde tributo a la impresionante estación de penitencia de las Cofradías de Nuestro Padre Jesús Preso; Nuestro Padre Jesús Amarrado a la Columna y Nuestra Señora de la Veracruz, y la de María Santísima de la Esperanza.

Jesús Preso, fatigado por los innumerables tumbos que ha tenido que dar (Anás, Caifás, Pilato...) hasta recibir la sentencia, apenado por su soledad, ilumina con su resplandor -como hiciera en la madrugada fatal- a la muchedumbre que espera, impaciente, para pedir a gritos, con vivas y saetas, no que lo crucifiquen, sino su bendición.

Sin encontrarte delito,
como un villano ladrón,
al pueblo Pilato pide,
que te conceda el perdón.

Cautivo ya de tu suerte,
alzas los ojos a Dios,
y el pueblo que no te quiere,
que no tiene corazón,
a Barrabas deja libre
y Preso a Ti, Señor.

Pero esta noche del Jueves,
en nuestro humilde pontón,
al paso por nuestras calles
recibes un gran fervor...

La muchedumbre, te aclama,
te conoce redentor,
y se arrodilla a tus plantas
implorando Tu favor:
traspasa las ataduras,
al pueblo preso de amor.

Nuestra Señora de la Veracruz, estrechando en sus enlazadas manos el dolor que la constriñe que, a su pesar, se desborda y nos aflige, contempla el que pronto será lecho de muerte para su hijo, y lecho de vida para sus hijos, sintiendo -¡Oh cuánto sufrimiento tuviste que padecer!- los golpes que hieren las carnes del hijo de sus entrañas, que, impotente en su potencia, desnudo, es flagelado vilmente Amarrado a una Columna.

Llora la luna, con triste amargura,
cuando tu rostro ilumina su luz...
al ver que perdonas tanta locura,
Virgen bendita de la Veracruz,
sin que un reproche por tanta tortura,
brote a los labios de Tu Hijo Jesús...

Frío en la Columna, calor en Su pecho,
en Tus ojos sal, cuando ves su lecho.

María Santísima de la Esperanza, bella Rosa sin espinas, primorosa clavellina que perfuma suavemente, dulcemente, los rincones más preciados de las almas más sencillas, es la hermosa perla que, deslumbrante, sirve de broche a la sentida procesión.

Un rosario de abnegados bastoneros, incansable derroche de generosidad bajo el manto de Su Madre, con Esperanza infinita en su fe, nos transmiten, poniendo en ello su vida, el vivo candor de Nuestra Señora, que nos arropa cuando pasea, Majestuosa, a nuestro lado, en su estación de penitencia, la noche sin fin del Jueves Santo.

Eres latir, Esperanza,
un delicado suspiro,
alondra de la mañana,
del ruiseñor bello trino...

Eres el agua más pura,
un manantial cristalino
espejo donde se mira
el más humilde nacido.

Lámpara maravillosa,
lucero más encendido...
Esperanza más hermosa:
tus párpados son mi nido...
es Tu mirada piadosa
el más preciado cobijo.

Esperanza, Reina Madre,
deja que reme contigo,
en ese inmenso velero,
cuyo timón has cogido...
con tu latir Esperanza...
tu delicado suspiro.

No existe frontera que ahogue el clamor que nuestro pueblo eleva a las Alturas el Jueves y el Viernes Santo.

El Jueves no muere y ya ha nacido el Viernes.

El amo de «toas» las cargas, el Terrible, Jesús Nazareno, espera en su cumbre que los romanos, impacientes porque se produzca el encuentro, les llame.

Ya no cabe más entusiasmo en las miles de almas que, contritas, ansían que la Ermita abra sus puertas y bajo el arco, su Patrón, las purifique con la silente bendición de su mirada.

Es el éxtasis de la Semana Mayor.

Es.... La Diana.

...ya veo la estela del alba;
el rumor de cánticos lejanos
que aún despiden a la Virgen,
hasta mis oídos llega.

Como si hubiera tormenta,
el mar humano del Calvario
no deja de mover sus olas.

En la cresta. . muchas luces,
que se encienden, se apagan,
de brillar no cesan.

¡La muchedumbre crece!... ¿qué anhela?
El frío cala sus huesos,
el calor les quema.

Están alegres, están tristes...
¡Dios mío!, ¿no se serenán?
¿Qué es lo que pasa Señor?
¿Qué es lo que el pueblo espera?

En la cumbre hay movimiento...,
se abre una gran puerta.

El murmullo decrece,
la inquietud se acelera...

El día se va acercando,
San Juan, su semblante enseña.

Tras él, lentamente,
-a la vez que arde más cera-,
el Cristo de la Misericordia,
con su mirada tremenda,
saluda a sus hermanos,
desde esa Cruz tan severa.

¡Ya suena la campanita!,
¡los Romanos ya llegan!...
se oye decir a la gente,
mientras lágrimas como perlas,
-que ya dijera el poeta-,
entenece los corazones
de los que están en la plazuela.

La Virgen de los Dolores,
la portadora de ellas,
surge como por milagro
con su singular belleza.

¡¡Qué estampa tan bonita
se forma ante la iglesia!!.

¡Se divisa algo blanco!...
parecen palomas que vuelan;
el humo de una bengala
no me permite verlas...

¡Son los Romanos!...escucho,
¡La Diana ya está cerca!.

¡¡Es verdad!!, son los Romanos
los que El Calvario contempla,

...Un rayo tibio de Sol
traspasa una nube pequeña.

...Qué paz se está respirando,
jamás vi calma tan tensa.

Todos miran al Pórtico...
¡qué maravillosa escena!.

Todo el mundo enmudece;
las notas de las cornetas
ponen los pelos de punta;
todo el que escucha, tiembla.

En la clara oscuridad
se divisan tres potencias.

¡Qué momento tan sublime!.
Nunca., jamás quisiera
que terminara este instante
donde yo por vez primera
sentí dolor, amor angustia,

alegría, emoción tremenda.

¡Qué semblante más tranquilo!,
¡qué mirada más serena!

¡¡Jesús Nazareno!! ¡¡Terrible!!,
Terrible de gracia eterna.

Eres el amo del mundo...

Con la Cruz cargada a cuestas,
nos das una gran lección
de comprensión y paciencia.

Acaba ya la Diana,
y de entre todas las almas
que a Tu lado se encuentran,
se escucha una tenue voz
que el llanto subir no deja,
que en nombre de los que están,
y de los que estar quisieran,
te eleva una oración
sencilla...pero sincera;
que rompe el corazón
hasta de la más dura piedra.

« Qué divino este momento,
el día que yo me muera,
será mi último aliento,
pedir estar a Tu vera...
que Nazareno me siento.» (Saeta)

El sublime sendero de luz que la cera de los penitentes establece, marca el camino de la procesión.

Nuestro Padre Jesús Nazareno inicia su vía crucis pontano, repleto de pétalos morados..., lirios que a la sombra de su luz crecen, deseando ser alfombra que consuele su camino.

Un nutrido grupo de hermanos bastoneros inician el más glorioso itinerario, la más sentida y gozosa ruta que un mananero afana recorrer el Viernes Santo: un turno de amor a los pies del Terrible.

Tras Él, blancas almas enlutadas, cada una con su cruz, ofrenda generosa de fe y de esperanza, rememoran Su dolor y mitigan su calvario.

Las saetas, limpias toallas que enjugarán su sudor, brotarán de mil Verónicas amorosas que, entre la multitud, agazapadas, buscarán al Señor desde el más inesperado y

humilde ángulo del piadoso recorrido, arrancando con más fuerza el jugo lacrimal que, a flor de piel, humedece los ojos de todos los presentes.

Por Santa Catalina le rendirán tributo, con ritual reverencia, la sarta de figuras que, representando los personajes alusivos a su Corporación, muestran incondicional sumisión al Divino Redentor.

Los Romanos, sabedores de quién es, no sólo rinden homenaje -de igual forma- a Su Espíritu, sino que, en descargo por sus culpas, ofrecerán, para alivio de sus penas, su oración más imponente: el miserere.

El Viernes Santo no faltará nadie.

Desde el azul balcón del cielo, sentiremos, con el sople suave y apacible del aire, el estremecedor encuentro de quienes nos dejaron, que nos envían su entrañable saludo, como siempre, anunciándonos que hoy, más que nunca, su presencia es eterna.

El Santísimo Cristo de la Misericordia, con la mirada al Cielo, ofrece al Padre su último hálito de vida.

El Cristo más pontano, como fue bautizado por nuestro llorado poeta Antonio Serrano, no puede evitar que Su Madre sufra el Mayor Dolor del mundo...

Que no te ahoguen las lágrimas,
Madre del Mayor Dolor,
por este Hijo que pierdes,
fruto de la incomprensión...

Escucha bien Sus palabras...
pidiendo al Padre perdón,
para los crueles humanos,
causantes de Su Pasión.

Es, con Su muerte, la Vida...
no llores más, por favor...
¡Misericordia divina,
que en Tus entrañas gestó!

San Juan, el discípulo amado, consuela, ya el patíbulo vacío, a su afligida Madre.

Nuestra Señora de la Cruz, reconfortada por el apoyo del Evangelista, sosegada, se retira del Calvario, consciente de que el símbolo del sacrificio, por los siglos de los siglos, ha de ser el instrumento de la salvación de todos sus hijos.

María Santísima de los Dolores, corazón ensangrentado, Madre de Jesús, diamante pulido a golpes de pasión, siempre al lado de su hijo, marcha hoy tras El, vertiendo el manjar de su exquisito llanto, irrigando con su divina gracia la tierra fecundada por Cristo...

Calvario, Santa Catalina, Calle La Plaza, el Puente Miragenil.

Emotivo recorrido de todo un pueblo acompañando a Jesús y a Su Madre.

Junto a Santiago quedarán, cautivando la admiración y recibiendo las sentidas plegarias del pueblo, las benditas imágenes.

Por la tarde, apoteósico discurrir hacia el Calvario donde, recordado el sufrimiento padecido por Dios, de nuevo nos congregaremos arrojando la cálida entrada al Templo...en el que siempre nos están esperando.

En el Cuartel de las Cien Luces, mansión hospitalaria del errante peregrino, los Romanos enlutan sus bruñidos cascos, cambiando los albos penachos que los coronan por otros de sentido negro.

En Puente-Genil, todo es diferente...

¡Duelo alegre!, Gloria al muerto!.

El mensaje ha sido captado... Dios no nos deja solos: ¡Su Hijo, duerme!.

La Plaza del Dulce Nombre, epicentro del añejo Barrio de La Isla, viste sus mejores galas.

La aflicción origina un denso velo, solemne y misterioso, que envuelve el Espíritu de los hermanos que se apiñan en la modesta placita.

El árbol de Vida, Crucificado, inerte, nos sobrecoge. El Cristo de la Buena Muerte nos anuncia, con pasmosa sencillez, que ya descansa del severo martirio sufrido. Que ya ha conseguido para nosotros el perdón del Padre.

Que ya podemos regocijarnos porque, a su lado, estamos llamados al Reino.

Su Madre, al pie de la Cruz, toma en sus brazos a Cristo muerto, presa de una conmovedora Angustia:

«Qué dolor qué sentimiento,
la noche del Viernes Santo.
Llevas a Tu hijo muerto,
ya no contienen el llanto,
llorando vas en silencio.» (Saeta)

San Juan, acompañado por los hermanos Apóstoles, que con sus tambores recuerdan el temblor de tierra que se produjo tras la expiración de Jesús, recorre junto a su madre, sin abandonarla, la emotiva estación de penitencia.

Una amalgama de impresiones sublimes fascinan los sentidos de todo ser que se hace presente en el barrio antiguo.

La solera de sus calles, que hoy son, como otrora, la lumbre que aviva el corazón de la Puente, nos invita, alejándonos del insomnio, despojándonos del álgido abrazo que emana del Genil, a fundirnos con la lava del volcán sereno de la procesión.

Chiquita y hermosa, arropada en su Soledad por los infinitos hermanos de su Cofradía, nos acaricia hasta la aurora la más soberana lágrima que Dios vertió, por amor a sus hijos, siempre Madre de la Isla... La Virgen de la Soledad.

Calor en la madrugada,
a la lumbre del lucero...
Sol, Majestad enlutada,
suave caricia del Cielo.
Resplandor de amor tus ojos,
angelical tu consuelo...,
encanto de los pontanos;
de nuestro Padre, pañuelo;
delicada filigrana,
joya de Dios verdadero,
aurora de blanco grana,
estrella del universo.
Rayo de luz que, al alba,
nos estremece su beso.
Eres refugio seguro,
la mejor Madre que tengo...,
por eso Virgen chiquita,
proclamo a los cuatro vientos:
¡Soledad, Madre Bendita!,
¡Tú sabes lo que te quiero!.

El Sábado Santo, una profunda huella cala en la sosegada mañana.

Se evocan los días vividos y lo rápido e implacable que ha pasado el tiempo.

En casi todos los cuarteles, este santo y sobrio día, en el que el solemne Funeral de Cristo yacente nos unirá a la Madre de Dios en Lágrimas fundida, se observa un ajeteo desacostumbrado: se prepara todo para homenajear al máspreciado don que tenemos: nuestras mujeres.

Junto a la Madre de Dios, no hay una perla que más brille que la mujer de mi pueblo.

Permitidme, hermanos, que aglutine con orgullo la ofrenda de amor que todos hacemos a nuestras madres, nuestras hijas y nuestras esposas, por tan abnegada pero vital e ilusionada participación, rociada de sacrificios impagables, en el mantenimiento, con su improbable apoyo, de nuestra más honda tradición, en mi más preciada compañera:

Por ese esfuerzo tan grande
de vivir como yo vivo...,
por ese amor que me tienes,
por compartir mi cariño.

Por tantas y tantas cosas,
que muchas veces olvido...,
por ser mi fiel compañera...,
amiga de mis amigos.

Por ser la mujer primera
en alumbrar mi camino.
Por ser la madre más buena...
por eso yo te bendigo.

Por tus constantes consejos,
tu corazón puro y limpio...,
por ser, sin ser, manantera,
por darme lo que te pido.

Porque te quiero de veras...,
por lo mucho que te admiro...,
porque mi vida es quimera,
si no la vivo contigo.

Porque mi sangre y la tuya,
en dos rosas se ha fundido...,
por tu perdón y tu llanto...
por eso yo te bendigo.

Por tener todo dispuesto,
sin hacer falta pedirlo;
por no descuidar detalle,
por tratarme como a un hijo.

Por el reproche oportuno;
por todos esos suspiros...,
por los piropos callados,
que sin merecer recibo.

Por muchas, muchas más cosas,
que sin decirlas., te digo;
por ese amor que me brindas,
por eso..., iyo te bendigo!.

¡Está dormido, no muerto!.

El grave cortejo del Santo Sepulcro, brillante ejemplo de respeto con el que ha sabido impregnar su Cofradía a todos los hermanos que participan en la estación de penitencia, eleva el alma del pontano al umbral más alto de contrición que se produce en nuestra gozosa Semana Santa.

Las notas del inexcitudo recorren nuestro cuerpo y, traspasándolo, llegan a nuestro corazón.

Exánime, nuestro Padre ha dado toda su sangre por nosotros. Y nuestro corazón...¿cuándo será pulverizado por Su amor?. ¿Cuándo lo despertaremos, entregándole la piedra que todavía habita en nuestro pecho?.

¿Cuándo, hermanos, dejaremos de ser buitres y nos transformaremos en pelícanos?. La Virgen vierte, desconsolada, inmensas Lágrimas.... ¡Lágrimas que nos conmueven!, porque este día nos damos cuenta de que son derramadas por nosotros.

Vos, Lágrima viva, dulce sollozo,
inmersa en Tu dolor, en Tu quebranto,
reposa, Madre, ya, no sufras tanto,
guíanos hacia Tu hijo, nuestro gozo.

Enjúgate esas Lágrimas... María,
no permitas vivir otra pasión...

Descansa, ¡ya está bien de sinrazón!,
es El quien te lo pide, Madre mía.

Las perlas que acarician Tus mejillas,
amorosas joyas bellas de azahar,
sean las últimas que viertes al llorar...
Las últimas que besen Tus mantillas.

Aún está presente entre nosotros...
glorioso en su Sepulcro de cristal,
reinando esplendoroso sobre el Mal,
irradiando Su Luz en nuestros rostros...

Mañana..., enterrada ya la pena,
alegría desbordante sentiremos...
Sólo Lágrimas... Tú, Madre Serena.

Como un suspiro, tornamos el dolor de la muerte en la alegría de la Resurrección. El Domingo más esperado, amanece luciendo sus radiantes galas en honor al Rey de los Cielos.

Por el barrio de la Estación, muy temprano, se oye el jubiloso repiqueteo de las campanas que nos anuncia la buena nueva:

¡Cristo ha resucitado! Aleluya!

La fervorosa Cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado, que con un infatigable esfuerzo nos regala este año la dicha de presenciar a su Santo titular portado por bastoneros, se erige fiel pregonera de tan feliz revelación.

De nuevo, como ha venido sucediendo durante todos los días de nuestra Semana Santa, la lucha por el predominio de los dos sentimientos que siempre nos presiden: alegría y tristeza.

Alegría, porque Dios ha resucitado.

Tristeza porque con Él se nos escapa la más bella conmemoración de su pasión, por la que todo un pueblo viene año tras año luchando.

Las marchas romanas, que anteceden -constituyendo a alfombra primorosa donde flota Su Espíritu- al desfile triunfal del Vencedor de las Tinieblas, nos animan a mantener el gozo de la Resurrección y, también, a comenzar de inmediato con los preparativos de cara a la próxima Cuaresma y Semana Mayor.

Se cierra, con broche de oro, la Semana Santa.

Y, como queriendo perpetuar los maravillosos momentos que a lo largo de ella hemos tenido ocasión de vivir, seguiremos, de nuevo séptima escuadra, a los Romanos en su último desfile..., llenos de tristeza, colmados de alegría,...hasta alcanzar el punto y seguido, que no punto y final, a la más rica tradición que, siempre a los pies del Terrible Nazareno, marca el cuño especial de nuestro querido Puente-Genil.

...Y una nueva ilusión se adueña de nosotros cuando contemplamos el cándido entusiasmo de nuestros hijos.

Durante Cuaresma y Semana Santa, esta sabia nueva, que constituye el ejemplo más eficaz de que seguimos teniendo depositarios del maravilloso legado, ha estado, incansablemente, alimentando su deseo de ser, ya, los protagonistas de tan prodigiosa manifestación.

Ahora les toca su turno. Para ellos se inicia su singular cuaresma, que culminará con la Semana Santa chiquita.

Mi hermano de Corporación, Francisco José González, nos transmite, como mejor se puede hacer, con la sensibilidad de sus versos, las emociones que nos inducen a establecer nuestra mejor promesa:

¿Quién no soñó de chiquillo,
con unas ropas y un rostrillo?
¿Quién no quiso llevar un Santo,
sin que tuviera cera, palio o manto?
¿Quién no tuvo tambor de lata y cordel,
ni un plumero blanco de « arrugao» papel?.

Y en las noches de Cuaresma,
¿quién no fue de la mano
con su padre a los romanos,
ni escuchó una cuartelera?.

Y aquellas primeras uvitas,
de sabor a gloria,
que te dejaban «atontao»,
como si bajaras de la noria.

¿Quién no temió a los Jetones?,
¿quién no les llamó ifeos!?

¿Quién no lloró por las noches,
para ir a los encierros?.

¿No recuerdas que alguna vez,
en los triduos y las novenas,
has sentido escalofríos al ver,
a los Cristos tan de cerca?.

¿Y aquella guadaña, y el tridente?
¿Y el arrastrar de cadenas
por el demonio y la muerte,
asustando a la gente
que estaba en las aceras?.

Y en la tarde del Jueves Santo,
en brazos de papá,
ver por la calle Ancha
a los Romanos desfilar..

...Ésta es la escuadra oro,
aquélla la azul,
ésta la verde y ésa la grana.

...¡Mira, la bandera!,
los escudos y las hachas;
y ese traje que lleva
hasta las botas bordadas.

Y el Viernes, de madrugada,
con la túnica limpia,
y bien planchada,
subir hasta el Calvario
para escucharla Diana.

Cuando a mi mente llega
el recuerdo de todo lo vivido,

la promesa que siempre me hago,
a mí mismo,
es llevar de la mano a mi hijo;
y hacerle que entienda y sienta,
-como su abuelo
conmigo hizo-,
la Tradición de nuestra tierra.

¡Aquí está nuestro futuro!.

¡Hermanos!: Por ellos pasa el mantenimiento de nuestra más rica tradición...

Y la consolidación de la muestra más preciosa de amor y hermandad, regalo hermoso de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

¡¡¡Viva el Terrible Muchas gracias!!!

Puente-Genil, 23 de Marzo de 1.997